

Viola Ardone

La decisión





Seix Barral Biblioteca Formentor

La decisión

Traducción del italiano por
Maria Borri

Título original: *Oliva Denaro*

© 2021 Giulio Einaudi editore

Publicado de acuerdo con Viola Ardone y sus agentes Alferj e Prestia S.n.c. -
Agenzia Letteraria y The Ella Sher Literary Agency

© por la traducción, Maria Borri, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-322-4181-9

Depósito legal: B. 3.585-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

La mujer es como un cántaro: quien lo rompe se lo queda, eso dice mi madre.

A mí me habría gustado más nacer hombre como Cosimino, pero cuando me concibieron nadie pidió mi opinión. Dentro de la barriga los dos estábamos juntos y éramos iguales, pero crecimos distintos: yo con la camisola rosa y él con la celeste; yo con la muñeca de trapo y él con la espada de madera; yo con el vestidito de flores y él con calzón de rayas. Cuando teníamos nueve años, él ya sabía silbar, con y sin dedos, y yo me recogía el pelo sola, sujetándolo arriba o en la nuca. Ahora que ya tenemos casi quince, él mide diez centímetros más que yo y puede hacer muchas más cosas: callejear por el pueblo de día y de noche, llevar pantalón corto y, los días de guardar, incluso largo, hablar con hombres y mujeres de todas las edades, tomarse una copa de vino mezclado con

agua los domingos, soltar tacos, escupir y, cuando llega la temporada, correr hasta la playa y darse un chapuzón en traje de baño. Yo estoy a favor de los chapuzones.

De los dos, mi madre prefiere a Cosimino porque tiene la piel clara y el pelo rubio, como mi padre, y yo en cambio soy tan oscura que parezco un cuervo. Él no es un cántaro. No se rompe. Y si se rompe se arregla.

A mí siempre me ha gustado estudiar, y en cambio a Cosimino no se le daba nada bien. A mi madre nunca le importó; solo le dijo que tendría que arremangarse y buscar un buen empleo para no acabar como mi padre. Yo lo miraba mientras él estaba en cuclillas en el huerto, cuidando de las tomateras, y no me parecía que estuviera acabado; al revés, a mi padre le gusta empezar siempre algo nuevo, como el día en que, con el dinero que sacó vendiendo los caracoles que habíamos recogido después de una lluvia abundante, consiguió comprar unas gallinas. Me dijo que el nombre de los animales podía elegirlo yo, y a mí me gustan los colores: Rosita, Celestina, Verdiña, Violeta, Negrita... Luego se empeñó en construir el gallinero con unas tablas de madera y yo le iba pasando los clavos; después le tocó el turno al comedero y yo lo ayudaba con el serrucho. Cuando todo estuvo listo, le pregunté:

—¿Y si lo pintamos de amarillo, papá?

Mi madre metió baza:

—¿Qué les va a importar a las bestias si es negro o amarillo? Son ganas de gastar dinero...

—Con el amarillo estarán más contentas —señalé yo—. Y si están contentas pondrán más huevos.

—Mira tú... ¿Te lo han soplado al oído? —preguntó mi madre. Luego nos dio la espalda y volvió a entrar en casa soltando maldiciones en su dialecto, el calabrés de Cosenza, que es distinto del siciliano. Habla así cuando está de los nervios para que no entendamos lo que dice, y se queja de haber venido aquí, al sur.

Mi padre cogió una brocha, la sumergió en el cubo de pintura amarilla y, cuando la sacó, el color iba goteando dentro, como unos huevos batidos y listos para hacer una tortilla; incluso me parecía oler el aroma. Yo estoy a favor de la tortilla.

Pintábamos juntos, y a medida que íbamos pasando la brocha el color brillaba a la luz del sol.

—Salvo Denaro, serás cabezota... y tú, hija, tres cuartos de lo mismo —soltó mi madre cuando volvió al patio. Siempre que se enfadaba lo llamaba por su nombre y apellido, como si fuera una maestra en clase—. Aún ha de llegar el día en que me hagas caso. Y tú te has puesto a trabajar con la falda de los domingos... ¡Dios no quiera que se ensucie! Ve a cambiarte y procura ir limpia —ordenó quitándome la brocha de las manos—. Para algo parí también a un varón —añadió dirigiéndose a mi padre, y llamó a mi hermano.

Cosimino vino al corral y se puso a darle a la brocha de mala gana, pero al cabo de diez minutos empezó a dolerle la mano y se largó a la chita callando. Mientras tanto, yo había ido a ponerme la bata de estar por casa y seguí trabajando con mi padre hasta la noche, cuando las gallinas se metieron encantadas a dormir en su casita amarilla.

A la mañana siguiente encontramos a una tiesta: era Celestina.

—¡Ha sido por respirar los vapores de la pintura! —exclamó mi madre en calabrés.

—Esto es gripe aviar —me dijo mi padre en voz baja.

Yo no sabía a quién creer: ella se pasa el día hablando y tiene reglas para todo, así que es fácil desobedecer. Mi padre, en cambio, a menudo calla y por eso nunca sé qué tengo que hacer para que me quiera.

Así las cosas, enterramos la gallina en la parte trasera del huerto, y él dibujó en el aire una cruz con los dedos índice y corazón juntos.

—Descanse en paz —dijo, y volvimos a casa. «La vida de los animales también es dura», pensé yo.

2

Desde entonces no volví a pintar con mi padre. Mi madre dice que si todavía no me ha visitado san Andrés, el que viene una vez al mes, es porque mi padre me ha criado como si fuera un varón. Yo no estoy a favor de san Andrés; solo lo vi una vez y me dio miedo. Una mañana, después de desayunar, entré en el baño y me topé con una palangana llena de paños manchados de rojo que flotaban en un agua del color del óxido. Aquello parecía el cuerpo de un pequeño animal moribundo. Mi madre entró detrás.

—¿Qué estás mirando?

Me alejé de la bacinilla sin contestar.

—Es por lo de san Andrés —me reveló.

Luego tiró el agua sucia y empezó a frotar los paños con una pastilla de jabón hasta dejarlos otra vez limpios.

—Ya llegará el día en que te toque a ti también

—dijo, y yo empecé a rezar a todos los santos para que ese día no llegara nunca.

Las reglas de san Andrés son, a saber: camina cabizbaja, no te entretengas por ahí y quédate en casa. Sin embargo, mientras no llegue el santo, puedo trabajar en el huerto, ir al mercado a vender verdura, ranas o caracoles con mi padre, tirar piedras con tirachinas a los chicos cuando le toman el pelo a mi amigo Saro, que cojea de una pierna, correr por la calle principal con Cosimino y acabar sudando como un pollo y con las rodillas negras de tierra. A mis amigas ya las ha visitado san Andrés. Desde entonces, llevan las faldas más largas, les han salido granos en la cara y se les marcan los pechos debajo de la blusa. A Crocifissa incluso le ha crecido un bigote ralo, y los chicos han empezado a llamarla «el brigante Musolino». Pero ella no hace ni caso: anda por ahí poniendo cara de sufrimiento, agarrándose la barriga como si estuviera embarazada y preguntándoles lo mismo a todas las amigas con las que se encuentra: «Yo estoy manchando. ¿Y tú?», como si le hubiese tocado la lotería.

A san Andrés los hombres no lo ven ni de lejos. Ellos no son como nosotras: crecen despacio, no se hacen mayores de golpe.

A las puertas de la escuela siempre hay un familiar que espera a mis compañeras para acompañarlas a casa, mientras que antes volvían solas. Cuando se cruzan con chicos por la calle bajan la

mirada, aunque saben de sobra que ellos se fijan mucho en ese punto donde la tela aprieta, presa de los botones, y por eso andan cabizbajas, pero con la espalda bien tiesa, hasta el punto de que los ojos casi revientan. Se parecen a las gallinas de mi padre. Gallinas presumidas.

Mi hermana mayor tiene cuatro años más que yo y ella también era presumida antes de casarse. Tiene la piel y el pelo claros, como mi padre, y cuando salía a la calle los hombres no le quitaban ojo: cuanto más la miraban, más presumía ella, y cuanto más presumía más la miraban. Lo sé muy bien porque yo era la encargada de vigilarla, que mi hermano Cosimino nunca estaba al caso. Se llama Fortunata, pero ya no le queda fortuna. Que si una mirada hoy, que si otra mañana: una mirada de más y se encontró con un niño en la barriga. Luego se supo que el responsable del desaguisado había sido Gerò Musciacco, el sobrino del alcalde. Yo me enteré porque, después de cenar, mi madre, mi padre y ella se quedaban en la cocina hablando bajo. Pero el secreto no era tal, pues todo el pueblo estaba ya al corriente.

El padre de Gerò Musciacco no quería que su hijo se casara con ella porque nosotros somos pobres; mi hermana Fortunata lloraba y mi madre daba puñetazos en la mesa, soltando improperios en calabrés.

—¡Dios no quiera que tengamos que apechugar con tu deshonra!

Mi padre se quedaba en silencio. Yo estoy a favor del silencio.

—¡A escopetazo limpio tienes que hablar con Musciacco, a escopetazo limpio! —insistió un día mi madre.

Él se sirvió un vaso de agua, bebió con calma, se secó la boca con la servilleta, se levantó de la mesa y solo dijo:

—Va a ser que no —y volvió a sus faenas en el huerto.

Desde ese día nadie abrió la boca durante un mes, excepto mi hermano, que era muy joven y no se metía en esos asuntos.

Yo estaba convencida de que la culpa era mía porque una noche, en vez de vigilar a Fortunata, había ido a casa de Saro a comer pasta con anchoas, una delicia que su madre cocinaba expresamente para mí. Yo estoy a favor de las delicias. A lo mejor fue entonces cuando el tipo aquel aprovechó para meterle el niño en la barriga.

Una mañana mi madre salió de casa muy arreglada y volvió cuando ya era de noche. Al día siguiente, Fortunata se despertó temprano y empezó a tejer dos peúcos de ganchillo. Mi padre la miraba mientras ella iba trabajando.

—¿A ti te parece bien casarte con ese hombre? —le preguntó.

Ella agachó la cabeza y tiró del hilo del ovillo. Dos meses más tarde se celebró la boda, y a partir de entonces tuve la habitación para mí sola.

Las reglas del matrimonio son, a saber: ponte un vestido blanco, camina hasta el altar y di que sí. Durante el banquete de bodas, la Scibetta, que vive en un hermoso edificio donde cada año mi madre y yo vamos a cardar la lana de los colchones y de vez en cuando a hacer trabajos de costura, fue contándole a todo el mundo que el padre de Gerò Musciacco había dado su consentimiento porque recibió recado de su prima, la baronesa Careri, a quien había recurrido el párroco, don Ignazio, que a su vez había recibido la petición de parte de Nellina, su ama de llaves, que era la madrina de Fortunata y a la que mi madre había convencido el día que salió pronto de casa.

Fortunata aparentaba no prestar atención a tantas habladurías, pero había cambiado: ya no presumía, y el traje de novia parecía que fuera a reventar de un momento a otro, y no por culpa de los pechos, sino por aquella sandía bien redonda que abultaba bajo el vestido blanco.

Después de la boda se fue a vivir a casa de Musciacco. No la vimos durante tres meses; luego, un buen día, Nellina se la encontró en la sacristía, sin barriga y con el rostro descompuesto. Ya no había niño y ella tenía moratones en los brazos y en la cara; dijo que se había caído por la escalera. El ama de llaves fue e informó a la baronesa, que se quejó a su primo, que le cantó las cuarenta a su hijo, pidiéndole que tuviera más cuidado con su mujer. Fortunata volvió a su casa, se puso un vestido ne-

gro y desde entonces no se lo ha quitado. Nadie va a visitarla y ella no sale, así se ahorra otro resbalón escaleras abajo. En cambio, Gerò se pasa el día entretenido, solo o en compañía, como si aún estuviera soltero. Cuando anda por la calle no les quita ojo a las chicas, como si también quisiera meterles un niño dentro a todas ellas.